

11422

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.



LA ESPAÑA DRAMATICA.



COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID:

RIOS, MONIER.



CUESTA, PUBLICIDAD.

7

ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

SECRETARIA DE ESTADO



ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

¡UN DIVORCIO!

COMEDIA

EN DOS ACTOS, ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

Don Lorenzo Ucelay.

LIBRERIA DE JOSÉ ANTONIO
JACOMESTREZO, 77, MADRID



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. A. VICENTE,
calle de Lavapies, núm. 40.

1848.

PERSONAS.

EDUARDO DE MURVILLE.

LORD SIDNEY CLIFFORD.

SIR JENKINSON, baronet.

GREGORIO BELVAL.

PETERS, fondista.

HELENA, muger de Murville.

HORTENSIA DERBOIS.

MARÍA, muger de Peters.

ROBERTO, criado.

La escena pasa en los baños de Baden.

Esta comedia es propiedad del Sr. D. **Dámaso Aparicio**, el cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven la rúbrica de dicho señor.

ACTO PRIMERO.



El teatro representa una sala de la fonda de los baños, con cuatro puertas numeradas de los cuartos de los viajeros: las dos de la derecha con los números 5 y 6, y las dos de la izquierda con los números 3 y 4. Puerta en el fondo, y á cada lado una ventana. Una mesa á la izquierda.

ESCENA I.

MARÍA y PETERS.

PETERS. Ya te he dicho que no irás al baile esta noche, y no tienes que replicarme.

MARÍA. Pues yo te replico, y te digo que aunque rabies he de bailar esta noche hasta que no pueda mas.

ESCENA II.

MARÍA, PETERS y JENKINSON, *que entra por el foro.*

JENKINSON. ¡Mas disputas todavía!.... ¡Ah, en Inglaterra!....

MARÍA. ¿En Inglaterra no hay disputas en los matrimonios?

En ese caso consistirá en que los maridos serán mas amables y condescendientes que el señor Peters.

PETERS. Gracias por el favor.

MARÍA. Todas las mañanas no hace otra cosa mi marido mas que regañarme; y no sé por qué, cuando todas las noches los jóvenes que vienen de todas partes á tomar los baños aquí, no cesan de decirme que soy la mas bonita y la mas aseada de las fondistas del gran ducado de Baden.

PETERS. Sí, y la mas coqueta. Precisamente ese es el motivo. ¿Es ese el modo de conducirse una muger? Ahí tienes un ejemplo en la jóven que está en el número 6 hace ocho

días, y no se ocupa sino en amar á su marido: no me sucede eso á mí.

MARÍA. Es que un marido como el suyo, tan buen mozo y tan amable, es muy diferente.

PETERS. Reconocido, señora Peters.

JENKINSON. Esto me divierte. ¿Pero quieren ustedes decirme si esos huéspedes de quien hablan ustedes me quieren recibir?

MARÍA. Creo que no. Cuando dí vuestro recado, dijo la jóven: como guste mi marido; pero él, muy incomodado, me respondió: si yo hubiera sabido que habia ingleses en vuestra fonda, no me hubiera quedado en ella.

PETERS. ¿Conque ese hombre tan amable tambien se enfada?

MARÍA. ¿Y eso impide que sea amable? Al contrario.

PETERS. Bueno es saberlo.

JENKINSON. ¿No quiere recibirme? ¡Qué se dirá! El honor nacional y mi dignidad estan comprometidos. Yo veré á ese caballero que no nos quiere, y á esa señora. En calidad de inglés soy curioso de nacimiento y viajero de profesion. ¡Una linda francesa que no es coqueta!.... Esto entra en las curiosidades del pais..... ¡Yo que vengo de Paris, y no he visto tal cosal

PETERS. ¿Viene usted de Paris?

JENKINSON. Sí señor. Estaba en el mes de julio, cuando los parisienses improvisaron un gobierno nuevo en menos tiempo que necesita la mejor máquina de vapor de Manchester para hacer tres varas de encaje. Fue una sorpresa que me dieron, y que no me disgustó. Yo habia ido para estudiar los sansimonistas. Esa es una buena invencion. Ella preserva de insurrecciones en los matrimonios, y bien pronto todas las familias estarán en paz.

MARÍA. ¿Entonces los maridos no serán caprichosos ni celosos?

PETERS. ¿Y las mugeres no serán coquetas?

JENKINSON. Yo no digo eso. Los sansimonistas no son brujos; pero su secreto no es menos infalible. Ved en lo que consiste: cada uno se hace tasar en lo que vale, y de este modo conocen por francos, por sueldos y por céntimos la tarifa de su capacidad y la de los otros; entonces pueden juntarse. Puede ser, señor Peters, que vuestra capacidad sea algo...

PETERS. Poco á poco, caballero. Mi capacidad..... mi capacidad..... es la de un hombre honrado.

JENKINSON. En Inglaterra nos ocupamos antes de todo de consolarnos, y tenemos un remedio para los casos desesperados.

MARÍA. ¿Y cuál es?

JENKINSON. El divorcio: ¿sin eso habria paz en las casas?

MARÍA. (*Aparte.*) ¡El divorcio! (*Se asoma á la ventana.*) ¡Peters, un coche entra en el patio: baja pronto!

PETERS. Ya saben los criados lo que han de hacer. ¡Pues no es bueno, que siempre tienes prisa de separarme de donde estás! Pero te vuelvo á decir que no irás esta noche al baile como siempre, ínterin me quedo yo guardando la casa. Yo me rebelo.

ESCENA III.

MARÍA, JENKINSON.

MARÍA. Sí, grita, grita fuerte, que yo voy á preparar mi vestido de baile.

JENKINSON. ¿Y entonces el señor Peters?

MARÍA. Es verdad. ¡Soy muy desgraciada! ¡Ya no puedo sufrirle!

JENKINSON. Ya, ya comprendo.....

MARÍA. No sé en qué consiste; me fastidio de estar á su lado.

JENKINSON. Ya he dicho que soy observador; y una muger no se fastidia de su marido sino cuando está enamorada de otro. Conque así, confesad que habeis visto alguno en el baile que.....

MARÍA. ¡Yo enamorada de otro, Dios mio! No señor. Yo no soy infiel á Peters. Solamente quisiera bailar con.....

JENKINSON. ¿Con quién?

MARÍA. Con el señor Ernesto.

JENKINSON. ¡Ah! ¿Y quién es ese señor Ernesto?

MARÍA. Un capitan de granaderos. ¡Cómo estará orgullosa la muger de un capitan!

JENKINSON. ¡Pobre Peters!

MARÍA. Es un hombre de bien el señor Ernesto, y como me ha dicho muchas veces..... si me dice palabras amorosas, es porque su amor es mas fuerte que él.

JENKINSON. ¡Ay, ay, ay!

MARÍA. ¿Y usted decia que en Inglaterra hay un remedio para cuando una muger no ama á su marido?

JENKINSON. ¡Diablo! Ya me pesa haber hablado.

ROBERTO. (*Corriendo.*) Una señora, dos caballeros y un niño que vienen de Amberes, acaban de entrar en la fonda, y el amo me ha dicho que los haga subir aqui.

JENKINSON. Bueno: ¡otra novedad! Me gustan las fondas, porque son el verdadero domicilio de un curioso.

MARÍA. (*En el fondo.*) Entren ustedes, señores.

ESCENA IV.

JENKINSON, MARÍA, HORTENSIA, BELVAL.

BELVAL. (*Dentro.*) Esperar abajo: vamos á ver si nos convienen los cuartos. (*Entran.*) Señora, (*A María.*) ¿es usted la dueña de la fonda?

MARÍA. Servidora vuestra.

BELVAL. ¿Tendria usted un cuarto en que hubiese tranquilidad para un amigo que ha llegado con nosotros, y trae un niño enfermo que necesita mucho cuidado?

MARÍA. Aqui tiene usted, caballero, el número 4, donde estará perfectamente.

BELVAL. Muy bien.

MARÍA. (*A Roberto.*) Roberto, haz subir al caballero que está abajo con el niño por la escalera grande. Veamos ahora qué necesita usted y esta señora. Tengo un cuarto completo para un matrimonio..... pero hace ocho dias que está ocupado por otros jóvenes.

HORTENSIA. No es eso lo que necesito.

BELVAL. Un gabinete para esta señorita, y para mí un cuarto donde usted quiera.

JENKINSON. (*Aparte.*) ¡Ah! ¡No son casados!

MARÍA. Ya sé lo que ustedes desean; vengan ustedes aqui al número 5.

ESCENA V.

JENKINSON.

Ya tengo ocupacion. Es necesario que antes de dos horas haga yo conocimiento con estos huéspedes, y sepa quién son. Vienen de Bélgica..... ¡Y cuántas cosas curiosas han pasa-

do en ese pais, y yo no las he visto! No debian los pueblos ponerse en movimiento todos á un tiempo, porque no se puede estar en todas partes.

ESCENA VI.

JENKINSON, LORD CLIFFORD *saliendo del número 4.*

CLIFFORD. ¡Cómo! ¿No hay nadie que me responda?

JENKINSON. ¡Qué ve! No me engaño: es lord Cliffford, mi antiguo amigo.

CLIFFORD. ¡Vos aqui, Jenkinson!

JENKINSON. Sí, y sin duda es mi buena estrella que os ha traído á los baños de Baden en el momento en que yo estoy. ¡Despues de dos años de separacion..... Abracémonos. (*Se abrazan.*)

CLIFFORD. Yo tambien me alegro de volveros á encontrar.

JENKINSON. ¿Y qué viene usted á hacer aqui? ¿No está usted enfermo?

CLIFFORD. Mi hijo está bastante malo, y busco algun criado que avise un médico.

JENKINSON. Eso es fácil. (*Tiran de la campanilla.*) Van á venir. ¡Pobre niño! Nosotros le curaremos aqui. Cuando salí de Lóndres hace dos años, tendria entonces diez y ocho meses. Su madre debe estar muy afligida.

CLIFFORD. (*Con dolor.*) ¡Su madre!....

JENKINSON. ¿Cómo está la amable lady Cliffford? ¿Siempre hermosa, no es verdad? Y vos cada vez mas enamorado de ella..... ¡Ah, cuando me acuerdo que estaba incomodado porque os habiais casado con una francesa..... Pero cuando la conocí os perdoné.

CLIFFORD. No vienen, y yo estoy impaciente.

JENKINSON. (*Llamando otra vez.*) Esperad; van á venir. Los criados no saben á quien atender. ¡Pero no me respondeis! Hablemos de vuestra esposa: bien sabeis que yo era uno de sus admiradores.

CLIFFORD. Gracias, mi querido Jenkinson, gracias.

JENKINSON. ¡Con qué frialdad me tratais! ¿Estais incomodado conmigo? Es verdad que he estado dos años sin escribiros; pero ya me conoceis, y sabeis que siempre estoy de camino.

CLIFFORD. Sí, lo se, y os aprecio.

ROBERTO. (*Entrando.*) Caballeros, ¿han llamado ustedes?

CLIFFORD. Sí, amigo mio; y os suplico que busqueis un médico y le traigais á mi cuarto al momento.

ROBERTO. Al instante voy. (*Vase.*)

CLIFFORD. Me vuelvo al lado de mi hijo: ya nos veremos, Jenkinson. Adios.

JENKINSON. A lo menos ofreced mis respetos á lady Clifford.

CLIFFORD. (*Entrando en el número 4.*) ¡Ella... siempre ella!

ESCENA VII.

JENKINSON, HORTENSIA, *despues* BELVAL, MARÍA.

JENKINSON. (*Aparte.*) ¡Demonio! Su conducta para conmigo no es natural: aqui hay alguna cosa, estoy seguro. Le encuentro cambiado: pero yo lo sabré bien pronto.

HORTENSIA. (*A María.*) Me conviene este cuarto, y podeis mandar que le preparen.

MARÍA. En un momento estará corriente. (*Vase.*)

JENKINSON. ¿Me permitirán mis amables vecinos ofrecerles mis servicios? En los baños es necesario abreviar el ceremonial, y conocerse desde el primer dia. Yo me llamo Jenkinson, baronet inglés, ó mas bien cosmopolita: tengo mil libras esterlinas de renta; viajo por gusto; amo la vida por curiosidad; servicial por naturaleza, pronto á daros todas las noticias y haceros todos los servicios que se deben entre personas que van á verse todos los dias durante dos meses, para despues no volverse á encontrar tal vez hasta el valle de Josafat.

BELVAL. Lo agradecemos infinito, caballero.

JENKINSON. Ya veis que yo no espero que me pregunten para decir quien soy. Ahora os toca á vos.

HORTENSIA. (*Aparte.*) Es un original.

BELVAL. Enhorabuena: es necesario imitar vuestra franqueza. Yo me llamo Gregorio Belval: soy francés; he ido á Amberes, donde debia recibir la mano de la señorita Hortensia Derbois, hija de un rico negociante de la villa, cuando una revolucion y un bombardeo han venido á retardar mi dicha.

JENKINSON. ¡Un bombardeo! ¡Cuánta envidia le tengo á usted!

HORTENSIA. Pues no hay de qué tenerla.

JENKINSON. Perdone usted, señora: es un espectáculo hermoso. ¡Y yo no he estado allí!.... En fin, es necesario conformarse: puede que otra vez sea mas afortunado. A propósito: ¿vienen ustedes á Baden por distraerse? Tienen ustedes razon; aqui se hacen los mas felices encuentros: acaba de sucederme con un antiguo amigo que hacia dos años no le veía. ¡El buen Cliffford!

HORTENSIA. ¡Mi tutor!

JENKINSON. ¡El tutor de usted!.... ¡Entonces usted es.....

BELVAL. Huérfana desde la edad de diez y ocho meses, y confiada por el testamento de su padre á la amistad de lord Cliffford, que por sus nobles cualidades ha adquirido los derechos de nuestro respeto y amistad.

JENKINSON. (*Pasando entre Hortensia y Belval.*) Yo lo creo: puede que sea el hombre mas apreciable de lostres reinos. ¿Conocen ustedes el proverbio francés de «los amigos de nuestros amigos»? Conque asi dadme la mano. ¿Ven ustedes? Los baños es lo mas divertido: desde la mañana á la noche es una continua diversion. Es verdad que hay algunos enfermos que se ven obligados á ocuparse de su salud; eso les hace perder el tiempo; es incómodo. La estancia en los baños no conviene realmente sino á las gentes que estan buenas.

HORTENSIA. Es verdad.

JENKINSON. Hasta luego, amigos míos: y cuenten ustedes conmigo para tenerlos al corriente de todo lo que pase aqui. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

HORTENSIA, BELVAL, y despues MARÍA.

HORTENSIA. ¡Vaya, que es muy agradable este inglés!

BELVAL. Es muy oficioso y amigo de vuestro tutor; por lo que nos puede ser útil. Yo desearia, mi querida Hortensia, encontrar aqui una persona á quien confiaros, porque sola conmigo.....

MARÍA. (*Entrando.*) Pues yo os proporcionaré lo que necesitais. Una señorita con su marido que ocupan ese cuarto (señala al número 6.) Son dos personas muy amables, un matrimonio como se ven pocos; no estan contentos si no estan juntos; los bailes y las fiestas estan para ellos de mas.

¡Qué felicidad es ser la muger de uno á quien se quiere!

HORTENSIA. Es cierto.

MARÍA. ¡Oh! Yo entiendo de esto.

HORTENSIA. (*Riendo.*) ¡Já, já! ¡La fondista tambien entiende de morall! ¡Y cómo se llama esa señorita?

MARÍA. La señorita Helena de Murville.

BELVAL. ¡Murville!.... ¡Helena..... Estoy en el pais de conocimientos.

MARÍA. Aqui viene justamente. Yo la hablaré.

ESCENA IX.

MARÍA, ELENA *saliendo del número 6*, BELVAL y HORTENSIA.

MARÍA. Estos señores desean hablaros.

BELVAL. Perdone usted, señora; esta presentacion algo es-
traordinaria; pero tal vez no somos enteramente descono-
cidos, y vuestro nombre me recuerda un antiguo compa-
ñero de viaje. He recorrido la Italia hace dos años con el
señor de Murville.

HELENA. ¡Seria usted el señor de Belval! Eduardo me ha ha-
blado de usted.

BELVAL. Estoy reconocido á su memoria. ¿Tendria usted la
bondad de dispensar su proteccion á la señorita Hortensia
Derbois? Mas feliz que yo, Eduardo ha obtenido la mano de
la que amaba, y yo tengo que esperar todavía el momento
en que mi querida Hortensia pueda darme la suya.

HELENA. Es una satisfaccion para mí, y esta señorita puede
tratarme como á una amiga.

MARÍA. Cuando yo os dije que era una señora muy amable...

HELENA. A lo menos os consolaré, pues tambien he tenido que
vencer muchos obstáculos que se oponian á mi felicidad, y
no hace mas que dos meses que soy la esposa del que he
amado cinco años sin esperanza.

HORTENSIA. Contad siempre con mi gratitud. (*A Belval.*) ¡Cin-
co años de constancia!.... ¡Qué ejemplo!

MARÍA. ¡Cinco años! Eso es mucho.

BELVAL. Tambien debo decir en honor de nuestro sexo, que
Eduardo no os ha sido menos fiel.

HELENA. (*A Belval.*) Juzgad cuál seria su dolor y su resentí-

miento cuando un hombre sin delicadeza abusó de la autoridad paternal para obtener mi mano.

HORTENSIA. ¿Ha estado usted casada con otro?

HELENA. Durante una ausencia de Eduardo me engañaron; y mi padre, aprovechando un momento de cólera, me unió á los diez y seis años á un hombre que yo detestaba.

HORTENSIA. Y tuvo usted la dicha..... es decir, la desgracia de quedar viuda.

MARÍA. Eso es bueno..... La costumbre al matrimonio.....

HELENA. (*Confusa.*) Cuando fuí libre de disponer de mi mano, todos mis sueños de felicidad se realizaron.

MARÍA. El señor de Murville.

ESCENA X.

BELVAL, HORTENSIA, HELENA, EDUARDO *con papeles y diarios.*

EDUARDO. (*Se detiene admirado.*) ¡Helena con otras personas!.... ¡Ah!

HELENA. Venid, Eduardo; renovad vuestra amistad con un antiguo amigo, y ofrecer vuestros respetos á esta señorita, que va á ser su esposa.

EDUARDO (*Algo incomodado.*) ¿Sois vos, Belval?

BELVAL. Sí, amigo mio; obligado á huir de Amberes cuando iba á verificarse nuestro matrimonio, me creeré muy dichoso si me permitís que esta señorita esté al lado de vuestra esposa.

EDUARDO. (*Turbado.*) ¡A su cuidado! Helena es tan jóven.....

HORTENSIA. (*A Belval.*) No parece muy dispuesto á concederlo.

HELENA (*A Eduardo.*) Tu madre y tu hermana que esperamos lleguen pronto, me ayudarán á ello.

EDUARDO. (*Frotando una carta que tiene.*) ¡Mi madre y mi hermana no vienen ya!

HELENA. (*Turbada.*) ¡Ah!

BELVAL. (*A Hortensia.*) Me parece que está muy preocupado.

EDUARDO. (*Viendo la turbacion de Helena, y haciendo un esfuerzo.*) De todos modos, nosotros cuidaremos de esta señorita, á la que suplico me cuente en el número de sus

amigos; y vos, querido Belval, creer que tengo un placer de seros útil.

HORTENSIA. (*A Belval.*) Vamos: ya parece mas amable.

BELVAL. Hemos llegado con el tutor de mi Hortensia; y contando con vuestra amistad, nuestro matrimonio podrá verificarse aqui.

HORTENSIA. Señor de Belval, ya que se ha retrasado nuestra union, dejadme algun tiempo para reflexionarlo.

BELVAL. ¡Todavía esperar mas!

HORTENSIA. ¿Qué quiere usted? Las mugeres no tenemos mas que un destino, y cuando este sale mal, todo se acabó, y no siempre sucede lo que á esta señora. (*Helena hace un movimiento.*)

EDUARDO. ¿Qué oigo! Acaso saben.....

BELVAL. Vos fijareis la época de nuestra felicidad, pues mis deseos son de que no tengais de qué arrepentiros.

HORTENSIA. (*A Belval.*) Dicen que hay aqui funciones y bailes. Asistiremos á ellos, ya que me hablais tanto de felicidad, aunque yo no os creo mucho.

HELENA. ¿Qué dice usted, señorita?

HORTENSIA. ¡Por Dios, señora! Será una quimera, una mentira los placeres; pero es necesario disfrutar de ellos para juzgar.

HELENA. ¡Vaya una filosofía!

HORTENSIA. Tendrá usted la bondad de acompañarme: ¿no es verdad? A poco de llegar hemos hecho conocimiento con un inglés muy divertido; yo os le presentaré.

EDUARDO. (*Con viveza.*) ¡Un inglés!.... ¡No; jamás!.... No quiero recibir ningun inglés.

BELVAL. (*Admirado.*) ¿Qué dice usted?

EDUARDO. (*Serenándose.*) No hay nada en el mundo mas fastidioso que ellos y su pais.

BELVAL. ¡Me admira el modo de esplicaros! Vos, Eduardo, que habeis estado en Italia para estudiar lo que es el género humano, necesitabais tambien haber visitado la Inglaterra para saber lo que es.

EDUARDO. La he recorrido, y la comparo á una gran tienda servida por dependientes de mal humor. Todo está sujeto á cálculos de interés; todo se hace por combinaciones; y hasta las personas estan tan lejos de lo natural, que muchas veces he estado por dar una vuelta al rededor de un inglés, á ver si descubria los contrapesos que le hacen moverse y hablar.

ROBERTO. (*Por el foro.*) Señorita, el médico acaba de llegar.
 HORTENSIA. Es para el hijo de mi tutor: este apreciable amigo, tan digno de ser dichoso, llora la muerte de una muger que queria, y teme por la vida del hijo que le consolaba de la pérdida de la madre. Permitid que vayamos á unir nuestros cuidados á los suyos. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

HELENA y EDUARDO.

EDUARDO. Mi querida Helena, me alegro de esta circunstancia imprevista; pues una amiga amable y jóven va á distraerte de esta vida tan retirada que tenemos.

HELENA. ¡A distraerme!.... No tengo necesidad: solo con mi Eduardo tengo todo lo que he soñado de feliz en el mundo.

EDUARDO. (*Con ternura.*) ¡Mi querida Helena! Tú sola haces mi felicidad.

HELENA. ¡Ah, cómo el amor sabe recompensar todos los sacrificios que se hacen por el!

EDUARDO. Tú eres mi bien, mi ídolo: pero quiero que los demas hagan justicia á la que adoro, y temia no te la hiciesen algunas personas frívolas y poco dignas de apreciarte: por lo que me alegro que Belval te haya confiado su futura..... y segun parece sabe los primeros lazos que te unieron..... ó tú le has dicho.....

HELENA. (*Turbada.*) Sabe que estuve casada.....

EDUARDO. ¿Y qué?

HELENA. Y que despues quedé libre.

EDUARDO. Y que el esceso del amor te llevó mas allá del deber, y nos hizo faltar á todo.....

HELENA. En nombre del cielo, Eduardo, no me acuses..... Este amor es mi dicha, y quisiera fuese mi gloria. Perdóname: yo no me he avergonzado á los ojos de tu amigo, delante del hombre que te conoce tan noble, tan delicado, tan altivo; y temo confesar que fui culpable y que la opinion me ha deshonrado por haber roto públicamente mis primeros lazos.

EDUARDO. ¡Cómo!.... Él ignora que un divorcio.....

HELENA. Él ignora que mi primer esposo vive todavia; que le abandonó la que le habia jurado fidelidad al pie de los alta-

res; que al dejarme libre creyó seria dichosa; que nuestra felicidad, Eduardo, me ha costado tan cara, que no me atrevo á decir á qué precio la he comprado.

EDUARDO. ¡Ah, cuando él sepa todo.....

HELENA. ¡Que no lo sepa! En Inglaterra fue disuelto mi matrimonio: aqui no me conoce nadie; nuestro secreto puede quedar ignorado.

EDUARDO. ¡Engañar!... ¡Mentir!... ¡Piensas en ello, Helena!

HELENA. ¿Qué será peor, verte avergonzado por el mundo, ó sufrir en la soledad?

EDUARDO. ¡Helena!....

HELENA. Pues bien: dejemos á esas personas en un error que yo no he creado, y aprovecha de las distracciones que ellos te ofrecen.

EDUARDO.. Aunque ese medio fuese fácil, ¿piensas, Helena, que el honor me lo permitiría? ¿Me entregaría á una vida de engaños? No: cuando el amor que me inspiraste me hizo despreciar las preocupaciones para arrancarte del hombre odioso que te hacía desgraciada, perdimos mucho de nuestra consideracion. Pues bien: cuanto mas nos juzgue mal el mundo, mas debemos hacer por aparecer irreprochables, para obligarle á que algun dia nos haga justicia. Le confieso, la consideracion de los demas, la tuya misma, me son necesarias para mi existencia. Nada de misterios, nada de engaños. Yo instruiré á Belval, y si es necesario saldremos de aqui.

HELENA. ¡Pero si él creia dejar á mi lado á Hortensia, y encargarme de su cuidado en el gran mundo!

EDUARDO. ¡En el gran mundo! Para ver, como en los salones de París, alejarse de tí las personas severas, y venir los aturdidos á hacerte la corte. ¿Y es para esto para lo que hemos viajado?

HELENA. (*Con ternura.*) ¡No vituperes mi situacion! Que tú solo no tienes derecho.....

EDUARDO. (*Cariñosamente.*) Mi querida Helena, perdóname, y vivamos el uno para el otro.

HELENA. Bien, nos marcharemos. Creerán que un negocio repentino ó una carta recibida en el momento..... A propósito: cuando entraste tenias unas cartas en la mano: ¿qué te dicen en ellas? Tu hermana no viene ya. Sin duda no quiere verme. Ya lo sospechaba.

EDUARDO. Ya la veremos algun dia.

HELENA. (*Acercándose á la mesa donde estan las cartas.*) La carta de tu madre está aquí..... Yo no me atrevo á leerla... Pero no estan abiertas.

EDUARDO. Eso te pertenece á tí. Recibe esta prueba de mi confianza en reparacion de mi mal humor.

HELENA. Veamos pues..... Una carta de Amberes..... La envian de Paris..... (*La abre.*) ¡Ay! (*Tirándola.*) ¡Es de él!

EDUARDO. ¿De quién? ¿Qué tienes, Helena? ¡Dios mio, estás temblando!

HELENA. Del esposo que yo he abandonado.

EDUARDO. ¡Hombre cruel y vengativo! ¿Qué nos quieres todavia? (*Va á romper la carta y le detiene Helena.*)

HELENA. Detente, Eduardo. ¡Demasiado tiene por qué quejarse de nosotros!....

EDUARDO. Déjamela leer; yo no sufriré por mas tiempo su insolencia. (*Lee.*) «Lord Sidney Clinfford nó quiere conservar nada de lo que pertenece á la señora de Murville, y adjunto remite un documento, por el que le será pagada la suma que hace cinco años recibió de su dote. Al encargarse al padre de la señora de Murville cumpla lo que contiene el documento, lord Clinfford desea ardientemente ofrecer á aquella á quien se dirige una ocasion de reconciliarse con un padre tan justamente querido y respetado.» (*Frotala carta con rabia.*)

HELENA. ¡Qué generosidad tan increíble!.... ¡Un donativo tan considerable!....

EDUARDO. ¡Ella quiere alzarle sobre mí! Su orgullo se alegra de humillarme.

HELENA. ¡Ah Eduardo! Un motivo mas noble le ha decidido sin duda.

EDUARDO. ¡Tienes de él una opinion muy elevada!

HELENA. Nunca te he visto enfadarte asi conmigo.

EDUARDO. ¡Deber ninguna cosa á un hombre que.... nos desprecia!....

HELENA. Yo lo rehusaré.

EDUARDO. ¡Sí, tú lo rehusarás!... ¡Y tu padre me acusará!... Además, ¿cómo podré yo compensar lo que te haga perder? Mi fortuna.....

HELENA. ¿Qué me importa? Tu amor vale para mí mas que todos los tesoros de la tierra; y si tú pudieses encontrar la felicidad al lado de tu Helena, ¿qué mas podria ella desear en el mundo?

EDUARDO. ¡La felicidad!...

HELENA. Dime, Eduardo: ¿me amas tú?

EDUARDO. ¡Que si te amo!

HELENA. Entonces ¿qué nos importa la opinion del mundo?

EDUARDO. Pero ¿por qué es este donativo sino para humillarme? Él no es generoso, ni ninguna buena cualidad le distingue. ¿No me lo has dicho tú?... Sin elevacion de alma, sin espíritu, no ha sabido apreciarte: no te amaba, y cuando quisiste separarte de él, apresuró el divorcio..... ¿No es verdad, Helena?

HELENA. ¡Sí, él no me amaba! Todas mis acciones le eran indiferentes, y condescendió sin repugnancia á separarse de mí; no tengo que acusarme de haber hecho su desgracia.... Su corazon insensible y frio me debe inquietar todavía por... mi hijo, que la ley me ha obligado á dejarle.

EDUARDO. ¡Ah, por favor, Helena!....

HELENA. Tu voluntad es la mia.

EDUARDO. Pues bien..... Yo le enviaré este documento.... y que nunca te oiga yo nada que pueda tener relacion con el hombre á quien detesto. (*Entra en el cuarto.*)

HELENA. Amparadme, Dios mio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



La misma decoracion.

ESCENA I.

EDUARDO, PETERS, y HELENA *sentada.*

HELENA. Y bien, ¿estás ya mas tranquilo?

EDUARDO. Sí, mi querida Helena; y perdona un exceso del amor que te tengo. ¿Pero qué quiere usted, Peters?

PETERS. Perdone usted si le incomodo; pero he tenido un acontecimiento con respecto á mí, y creo que usted no me querrá mal.

HELENA. (*Levantándose.*) ¿Qué tiene usted, Peters? Parece usted consternado. ¿Ha sucedido alguna desgracia á su muger de usted ó su hijo?

PETERS. No me faltaba mas que eso.

(*Eduardo al lado de la mesa reflexivo.*)

HELENA. ¿Pues qué es entonces?

PETERS. Vos, para quien el matrimonio es la suma felicidad, ¿si pudiéseis hacer lo mismo con el mí!....

HELENA. Si puedo seros útil, hablad.

PETERS. Sí señora, hablaré; sois tan buena, que no rehusareis darme un consejo para salir de un mal páso. Yo creo que mi muger está en vísperas de enamorarse, y aun podré asegurar que ya lo está.

HELENA. ¿Enamorada..... de usted?

PETERS. ¡Sí, de mí!.... ¿Me quejaria yo entonces? Es de un capitan de granaderos; ¡ya ve usted que es bien diferente! Ese maldito inglés la ha dicho que en su tierra puede cambiar de marido; la ha hablado de los sansimonistas, de capacidades..... ¡Qué sé yo! Lo cierto es que desde entonces cree que la capacidad de un capitan..... Ella no piensa mas

que en las costumbres inglesas: hace bien vuestro esposo de no querer á esas gentes.

HELENA. (*Turbada.*) ¿Su muger de usted quiere divorciarse?

PETERS. Ni mas ni menos.

EDUARDO. ¿Y qué quiere usted que hagamos nosotros?

PETERS. A eso voy: mi muger tiene mucho respeto á esta señora; y si quisiera decirla que era una accion muy fea dejar á su marido y á su hijo por otro, creo que seria bastante.

HELENA. (*Aparte.*) ¡Cielos!

PETERS. Yo, que no la he rehusado nada todavía, ni tengo mas voluntad que la suya, quiere dejarme para casarse con un bribon que la hará desgraciada.

EDUARDO. ¡Un bribon!.... Hace mal. Helena la hablará.

PETERS. Cuando digo un bribon, no es que yo lo sepa, pero se deja conocer; pues cuando un hombre trata de indisponer á una muger con su marido, que la quiere sustraer de sus deberes, esponiéndola á la crítica de los vecinos, y que se malquiste con sus parientes, no puede ser otra cosa.

HELENA. (*Turbada.*) Puede que ella crea que solo él puede hacer su felicidad.

PETERS. ¡Ni por pienso! Cuando digo que yo sé bien cómo hacer una muger feliz..... Sin duda mi muger se ha hecho muy difícil..... La han atontado; pero usted la dirá que no desprecie al que la quiere.

EDUARDO. ¡Peters!

PETERS. Sí señor, es necesario que esta señora se lo diga.

HELENA. ¡Yo!....

PETERS. Dígala usted que su marido desconfiará de ella, y creerá que cuando ha escuchado á un amante, lo mismo hará con otros que que.....

HELENA. (*Aparte.*) ¡Dios mio, será un aviso del cielo!

EDUARDO. Basta, Peters; déjenos usted.

PETERS. Voy á enviaros á María con cualquier pretesto, y usted la dirá eso: ¿no es verdad?

EDUARDO. (*Aparte. Se sienta.*) ¡Siempre cosas tristes!

PETERS. Es porque tengo miedo que la señora lo olvide.

HELENA. ¡Olvidarlo!.... ¡Oh, no!... ¡Qué tristeza tan grande!

(*A Eduardo.*) ¿Cómo estás tan serio conmigo?

EDUARDO. (*Con enfado.*) ¿He de estarme siempre riendo?

HELENA. ¡Qué tono tan severo! ¿Estás ya arrepentido.....

EDUARDO. ¡Yo arrepentirme!.... No. Yo tengo un agravio.....

No sé qué penosa impresion..... ¡Perdóname, mi querida Helena! (*Abrazándola.*)

PETERS. (*En el fondo.*) Esto es lo que se llama un buen matrimonio.

EDUARDO. Tengo que salir. Tú me esperarás aquí. ¿No es cierto?

PETERS. Bueno: voy á enviar á mi muger: las mugeres se entienden mejor entre ellas: los maridos las incomodan. (*Vase.*)

ESCENA II.

HELENA sola.

¡Se ha marchado pensativo..... tristes!.... Parece que el cielo tiene un placer en reunir todo lo que hiere mi corazón..... ¡Y sin embargo soy la esposa de Eduardo!.... Algunas veces parece ser dichoso..... Sí, algunas veces... ¡Ah! Cuando la dicha es momentánea, ¡cuánto tiempo le queda á la tristeza y al arrepentimiento!.... Esta carta de Clinfford le ha incomodado..... ¿Pero de dónde viene tanta generosidad, cuando el resentimiento sería justo? Yo esperaba encontrar en la carta el nombre de mi hijo..... ¡No me habla de él... ¡No me mirará como su madre!.... ¡Dios mío! ¿no le he dejado yo?

ESCENA III.

JENKINSON, HELENA, que va á sentarse cerca de la mesa.

JENKINSON. ¿Una muger aquí? Tal vez será la hermosa viajera que no quiere hacer conocimiento con los ingleses. Veamos. Se trata de presentarse con ventajas y vengar el honor nacional. ¡Demonio!.... Parece que está distraída... Tratemos de llamarla la atención... Señora, ¿permite usted á un vecino.....

HELENA. (*Sorprendida.*) ¿Qué voz..... ¡Jenkinson!

JENKINSON. ¡Lady Clinfford!

HELENA. (*Aparte levantándose.*) ¡Cielos! ¡Él ignora todo!

JENKINSON. ¡Perdonad, milady!.... ¿Creería usted que la equivocaba con una vecina que está aquí, que no quiere á los

ingleses? ¡Vos que ya sois compatriota nuestra! No podia pensar que estuviéseis de viaje.....

HELENA. Sí, he venido..... Permitidme que me aleje.

JENKINSON. ¡Un instante si gustais!.... ¿Despues de dos años de ausencia se recibe así á un antiguo amigo?... Permitidme á lo menos que me informe de vuestra salud.

HELENA. Ella es buena, muy buena. Os doy las gracias.

JENKINSON. ¡Me parecis turbada!.... ¿Qué teneis? Vuestro marido ya me ha dado tambien algunas inquietudes.....

HELENA. ¡Mi marido!

JENKINSON. ¡Sin duda! Él tambien parece huirme: no me ha respondido cuando le he preguntado la causa de su tristeza y su palidez; porque está desmejorado, muy desmejorado.

HELENA. Caballero, ¿qué quiere usted decir?

JENKINSON. ¡Mi querido Clinfford!.... ¿Ha estado malo..... ó qué tristeza le ha acometido?

HELENA. ¡Lord Clinfford!..... ¿Qué es lo que decís?

JENKINSON. Está enteramente desconocido..... Y hasta su razon parece que ha cambiado..... ¡Me ha rechazado á mí, á su antiguo camarada!.... Sin duda está incomodado porque he estado tanto tiempo sin darle noticias mias: pero si está enfadado conmigo, yo cuento con vos para reconciliarnos: ¿no es verdad?

HELENA. (*Aparte.*) ¡Él está aquí!.... ¡Horrible situacion es la mia! ¡Escapemos al suplicio! (*Va á marcharse.*)

ESCENA IV.

BELVAL, HORTENSIA, HELENA, JENKINSON.

HORTENSIA. (*Deteniendo á Helena.*) Os suplico que no os marcheis: vengo á buscaros para dar un paseo.

BELVAL. El tiempo es hermoso, y el pais magnífico.

HORTENSIA. (*Viendo á Jenkinson.*) ¡Ah! ¿Ya habeis hecho conocimiento con ese caballero?

JENKINSON. Hace mucho tiempo..... Soy un antiguo amigo de su esposo, y como tal la ofrezco el brazo.

HELENA. Os lo repito, no puedo salir en este momento. Perdonadme.

JENKINSON. ¡Cómo!.... ¡Rehusariais!....

BELVAL. (*A Hortensia.*) Este inglés me parece muy importuno.

HELENA. Me es imposible. Os suplico de nuevo me dispenseis.

JENKINSON. ¡Cómo! ¿Es de este modo como recibís los antiguos camaradas de vuestro esposo?....

BELVAL. (*A Hortensia.*) Apostaría que es uno de esos enfadosos que se alaban de ser amigos íntimos de los que apenas conocen.

HORTENSIA. Es muy probable.

ESCENA V.

EDUARDO, BELVAL, HORTENSIA, HELENA, JENKINSON.

EDUARDO. ¡Gente aquí todavial!....

HELENA. (*Aparte.*) ¡Eduardo!... ¡Qué haré!... ¡Qué le diré!...

HORTENSIA. Señor de Murville, estamos instando á esta señora para que venga á pasear con nosotros.

JENKINSON. ¡Hola!.... ¿Este caballero es de la sociedad de ustedes?

BELVAL. (*A Hortensia.*) ¿Qué os he dicho? Él no le conoce: vamos á divertirnos á su costa.—Caballero, ¿no deciais que el esposo de esta señora es muy amigo vuestro?

JENKINSON. ¡Pardiez, sí señor; amigo íntimo!

EDUARDO. ¿Qué quiere decir esto?

BELVAL. (*A Eduardo.*) Dejadme á mí; es un gracioso imprudente, que vamos á confundirle.

HELENA. (*A Eduardo con intencion.*) Hace tiempo que este caballero me conoció en Inglaterra.

EDUARDO. En Inglaterra..... ¡Ah!....

BELVAL. (*A Eduardo.*) No le digais nada; y dejadme á mí interrogarle. ¿Y desde cuándo habeis dejado la amistad de ese íntimo amigo?

JENKINSON. Hace dos años; pero él está muy cambiado.

HORTENSIA. Sí, y de tal modo, que no le conocéis ya.

JENKINSON. No tanto como eso; y la prueba es que bien pronto le he conocido.

EDUARDO. (*Temblando.*) ¡Cómo! ¿Al instante le ha conocido usted?....

JENKINSON. Y ha envejecido de tal modo, que parece tener diez años mas.

HELENA. (*Aparte.*) ¡Cuánto estoy sufriendo!

BELVAL. ¿Le habeis visto?

JENKINSON. ¡Vaya! ¿Cuántas veces es necesario que repita las cosas?

EDUARDO. ¡Él está aquí!....

HORTENSIA. (*A Helena.*) Parece que tambien en Inglaterra hay fanfarrones intrépidos.

JENKINSON. En verdad, señores, que no parece sino que hablo en árabe, segun abren ustedes los ojos; sin embargo, me parece que me esplico. Y usted, caballero, que me ha interrogado, (*A Eduardo*) yo no sé por qué se mezcla en esta conversacion; yo no me dirijo á vuestra esposa, que parece no quiere á los ingleses, ni vos tampoco. Tanto peor para los dos; pero ¡con dos mil diablos! dejadme hablar con la esposa de mi amigo.

EDUARDO. ¡Caballero!....

HELENA. (*Aparte.*) ¿En qué vendrá á parar esto?

BELVAL. ¡De vuestro amigo!.... ¿De quien hablais?

JENKINSON. ¡Pardiez!..... Bien podeis saberlo. Yo hablo del lord Clinfford.

HORTENSIA. ¡De mi tutor!

BELVAL. ¡Lord Clinfford!

JENKINSON. Aquí le teneis á él mismo.

EDUARDO. ¡Es él!

HELENA. ¡Desgraciada de mí!

ESCENA VI.

HORTENSIA, HELENA, JENKINSON, CLINFFORD, BELVAL,
EDUARDO.

JENKINSON. A buen tiempo llegais; porque hay aquí un quid pro quo que no entiendo, y vuestra esposa hace como que no me conoce. (*Clinfford ha hecho un movimiento cuando ha visto á Helena, y Jenkinson que le tiene la mano, lo nota.*) ¡Cómol! ¿Temblais vos?

HORTENSIA. (*Examinando á Helena.*) ¿Qué es esto?.... ¡Ella desfallece!.... (*Va á sostenerla.*) ¿Conoceis á mi tutor?

HELENA. ¡Alejadmel! ¡Su vista me hace morir!....

JENKINSON. ¡Cómol! ¿Lady Clinfford estará incomodada con su esposo?

BELVAL y HORTENSIA. ¡Lady Clinfford!

HELENA. ¡Clinfford, Clinfford, no me maldigas!

CLINFFORD. Nunca he maldecido mas que mi suerte.

EDUARDO. (*Poniéndose al lado de Helena.*) Tranquilizaos, señora de Murville. Yo no retrocedo delante de la situación donde me he colocado. Casada con engaños y por fuerza con este caballero, cuando el amor me dió derechos sobre vos, los hice valer. Ahora ya sois mi esposa.

JENKINSON. ¡Su esposa! ¿Quién lo hubiera adivinado?

BELVAL. (*A Hortensia.*) ¡Y nosotros que la creíamos viuda!

HORTENSIA. ¡Es un divorcio!....

EDUARDO. (*Se aparta con Clinfford.*) Caballero, estoy pronto á daros la sola satisfaccion que está en mi mano: escoged el sitio y hora. Os he ofendido; tomad mi vida, y estaremos iguales; pues vos me ofendísteis antes privándome de Helena.

CLINFFORD. (*Con dignidad.*) ¡Un duelo!.... No, caballero, no le acepto.... Las injurias que he recibido y los males que sufro son de tal naturaleza, que no puede haber entre nosotros ni acomodamiento ni satisfaccion. Por lo mismo yo os perdono, y á vos tambien, señora..... si mi perdon puede tranquilizar vuestro corazon y haceros mas dichosa.— Amigos míos, venia á buscaros; seguidme.

ESCENA VII.

HELENA y EDUARDO.

EDUARDO. ¡Él se val.... ¡Hombre de hielo, corazon de puritano!... ¡Se vá, dándome un perdon que me ofende; y no podré jamás ni disminuir ni reparar las faltas que le dan el derecho de humillarme! ¡Habrà siempre un hombre que me desprecie, y se atreva á decírmelo! ¡Con qué dignidad lo ha rehusado! ¡Qué insensato he sido en ofrecerle otra ocasion de obtener ventaja sobre mí! ¿Cómo irritarle?... Yo le insultaré públicamente, y entonces veremos si.....

HELENA. ¡Qué oigo, Dios mio! Eduardo, ¿qué dices?

EDUARDO. Es de esos casos en que la ofensa y el ódio entre dos hombres es tan grande, que el mundo entero no puede tenerlos juntos; y el uno debe ceder el puesto al otro.

HELENA. ¡Qué dices, Eduardo! Lejos de irritarte la generosidad de lord Clinfford, debia haberte tranquilizado.

EDUARDO. ¡Solo me faltaba que tú le elogiases tambien! Él solo es noble y generoso, y yo te he privado de los beneficios de su fortuna y su rango: él vela todavia sobre tu suerte: ¡y yo que te impedía aceptar sus ofertas, qué injusto soy!

HELENA. (*Con dolor.*) ¡He dicho yo eso!

EDUARDO. No lo dices..... Pero puede que algun dia se arrepienta tu corazon..... y entonces, si yo pudiese leerle.....

HELENA. Eso es una sospecha que me ofende. ¿No conoces todos mis pensamientos? ¿O me crees capaz de artificio y falsedad?

EDUARDO. En la situacion en que nos encontramos no sé qué decirte.

HELENA. ¡Dios mio! ¡Y eres tú quien me oprime asi! ¡Ah! ¡Ya conozco el resentimiento de tu orgullo! Él está ofendiendo, y olvidas todo! ¡Eduardo, vuelve en tí! No tengo en el mundo mas que un objeto de amor, y ese eres tú. Yo he renunciado á mi familia, á mis amigos, á la sociedad... Las mugeres irrepreensibles huyen de mí..... y yo no puedo querer á las mugeres culpables. ¡Oh! No me separes..... Nuestros agravios y nuestras desgracias son las mismas. Solo nosotros sabemos lo que debe disculparnos; el mundo lo ignora, y no puede hacernos justicia. Si dejamos de amarnos, ¿que nos quedará? Estamos aislados en la tierra, y no podemos pedir para lo venidero mas que el amor.

EDUARDO. ¡El amor! ¿Y acaso puede él solo ocupar toda una existencia? La consideracion, el aprecio de los hombres ¿no son nada en la vida? ¡Desgraciado el que desprecia la opinion!

HELENA. ¡Ah! ¡Otras veces no me hablabas asi!

EDUARDO. Otras veces..... ¡Dios mio, temer á cada instante verse avergonzado! ¡Esta situacion es cruel! (*Llama.*)

HELENA. ¿Qué quieres, Eduardo? ¿Por qué llamas?

ESCENA VIII.

PETERS, HELENA, EDUARDO.

PETERS. ¿Ha llamado usted?

EDUARDO. ¡Caballos de posta al instante!

PETERS. ¿Se marcha usted? ¿Pues no debia estar aqui dos meses?

EDUARDO. Es menester que esta señora marche.

HELENA. ¡Yo!.... ¡Sin tí, Eduardo!....

EDUARDO. Es necesario, Helena..... Yo debo quedarme.....

Pero me reuniré á tí..... muy pronto.

HELENA. Yo no marcharé de este modo.

EDUARDO. No quiero que estés aqui un minuto mas. Obedéceme, Helena. Si mi reposo y mi felicidad tiene todavia algun valor en tu corazon, parte. No quiero que él pueda verte otra vez, y que nunca pueda volverte á hablar.

HELENA. Te obedeceré.

EDUARDO. (*A Peters.*) Y bien: ¿no te he pedido caballos?

PETERS. Perdone usted: estaba reflexionando.... Este milord Clinfford tiene el aire tan taciturno.....

ESCENA IX.

PETERS, HORTENSIA, HELENA, EDUARDO.

HORTENSIA. (*A Peters.*) Lord Clinfford pide caballos al instante.

PETERS. ¡Ah..... él tambien!

HORTENSIA. Tened entendido que su nombre se debe pronunciar con respeto.

EDUARDO. ¡Siempre me ha de perseguir ese nombre!... ¡Ah, no puedo resistir mas! Te suplico que entres, Helena, á disponerte para cumplir mis intenciones. Y vos, (*á Peters*) ejecutad mis órdenes, y que todo esté pronto para la partida cuando yo vuelva.

HELENA. ¿Te vas?

EDUARDO. Voy á prepararlo todo, y vuelvo pronto. (*Vase.*)

ESCENA X.

HELENA, PETERS, HORTENSIA.

HORTENSIA. Señor Peters, ¿querrá usted hacer lo que se le manda?

PETERS. Es no tener sentido comun marcharse ahora. El niño

- está muy malo, y es esponerlo á morir en el camino.
HELENA. (*Acercándose.*) Enfermo..... un niño... ¿Qué decís?
PETERS. La verdad; un hermoso niño de cuatro años, hijo del lord Clinfford.
HELENA. (*Dando un grito.*) ¡Mi hijo!
HORTENSIA. (*A Peters.*) Marchad.
PETERS. Pues lo quieren, obedezcamos. (*Vase.*)

ESCENA XII.

HORTENSIA, HELENA, *que se ha acercado al cuarto de Clinfford.*

- HELENA.** Señorita..... ese niño es hijo mio... está enfermo... y yo quiero verle.
HORTENSIA. Tranquilizaos, señora: lord Clinfford le prodiga todos los cuidados que podria darle una madre querida.
HELENA. ¡De una madre! Pues bien: una madre... culpable, y cruelmente castigada, os suplica la permitais ver á su hijo.
HORTENSIA. Yo no puedo..... Mi tutor ha prohibido.....
HELENA. ¡Prohibir que vea yo á mi hijo!
HORTENSIA. Una órden general impide que en su ausencia se deje entrar á nadie..... Pero volverá pronto, y vuestra peticion será concedida.
HELENA. ¡Oh! Pedid, suplicad por mí... La indulgencia es compañera de la virtud. Vos, á quien será fácil alcanzarlo, compadedcedme..... Compadedced á la que no ha tenido bastantes fuerzas para resistir al amor. (*Vase Hortensia al cuarto de Clinfford.*)

ESCENA XIII.

HELENA sola.

¡Todo lo he sacrificado á este amor! ¿Y su felicidad será tan grande como lo que me cuesta? ¡Oh Dios! ¡Tiemblo de interrogar el corazon de Eduardo!... ¿Todo está allí.... ¡Si él dejase de amarme..... ¡Oh! Desechemos esta idea... Para mí no hay en la vida mas que el amor de Eduardo..... Nada..... ni mi mismo hijo..... Allí está..... enfermo..... y siendo su madre no puedo acercarme á él..... ¡Mis delitos

nos separan!.... (*Se acerca á la puerta.*) ¡Otra persona le cuida, y recibe las caricias que me pertenecian!.... ¡Perdóname, hijo mío, perdóname! (*Se arrodilla y junta las manos.*) ¡Dios de clemencia, proteged á mi hijo, escuchad la súplica de una madre, y bendecidle. (*Entra Clinfford, y viendo á Helena se detiene.*)

ESCENA XIV.

CLINFFORD, HELENA.

CLINFFORD. (*Con emocion.*) ¡Helena!

HELENA. (*Levantándose.*) ¡Oh cielos!

CLINFFORD. (*Con frialdad.*) Señora, ¿vos aquí?

HELENA. (*Temblando.*) ¡Mi hijo está allí! ¡Perdonad!....

CLINFFORD. En esta ocasion el perdon no es dificil.

HELENA. (*Animándose.*) Caballero, habeis estado muy generoso conmigo; no quiero separarme sin manifestároslo y pedir os una gracia.

CLINFFORD. Hablad.

HELENA. Cuando voy á perder para siempre mi único hijo, ¿me permitireis, milord, que le vea y le abrace por última vez?

CLINFFORD. Siento infinito, señora, el verme obligado á no poder concederos lo que pedís; pero es imposible.

HELENA. ¡Imposible!

CLINFFORD. Perdonad... ese niño es mi único bien precioso... es todo lo que me queda!....

HELENA.. ¡Y bien!....

CLINFFORD. Él cree que la muerte le ha privado de su madre.

HELENA. (*Haciendo un movimiento de desesperacion.*) ¡Ah!

CLINFFORD. Cuando le dejásteis ya os conocia y os amaba; él llamaba y buscaba á su madre. Yo no tuve valor para decirle la verdad!.... Pues él crecerá!.... y yo he querido que el nombre de su madre le fuese siempre querido y respetado.

HELENA. ¿Es posible? Milord, ya no me queda mas que daros las gracias por la generosidad que habeis querido tener conmigo; pero solo vuestra atencion es la que aprecio... El donativo no le admito!.... El contrato os será devuelto. Ahora me retiro.

CLINFFORD. ¿Os soy tan odioso, que no queráis aceptar una pequeña prueba de mi interés?

HELENA. ¡Ah! La que turba vuestra vida no debe aceptar las pruebas de un interés que la hacen mas culpable con vos. Guardad unos donativos que me serian inútiles para la vida retirada que debo tener. En el mundo que os busca y os honra, la opulencia puede tener algun precio. Amado, rico y con consideracion, sed dichoso, y que nada os recuerde los lazos funestos que os unieron á la desgraciada Helena.

CLINFFORD. ¿Dichosa querreis decir?

HELENA. ¡Ah!

CLINFFORD. (*Con emocion.*) ¡Ah, sois dichosa! Decídmelo, repetídmelo; tengo necesidad de creer en esa felicidad que me ha sido necesario pagar con la mia.

HELENA. ¡Qué lenguaje!

CLINFFORD. Por muy desgraciado que yo sea, lo he sido mas usurpando unos derechos que solo se conceden al amor. Solamente el corazon puede conceder esos derechos que yo no he tenido nunca..... pero á lo menos merezca vuestra estimacion. Pues que ya no debo veros mas, permitidme que me justifique. No me habeis conocido todavia, y por lo mismo ignorais el pensamiento que me dirige. Escuchadme.

HELENA. (*Aparte.*) ¡Qué irá á decir!

CLINFFORD. Al recibir vuestra mano ignoraba que el corazon no podia ser mio. Vuestro padre me dijo que erais gustosa, y vos misma lo parecísteis. Erais la primera que deseaba el momento de nuestra union, y parecia no lo hiciéseis obligada por nadie. Acordaos que un momento que os noté con una alegría ficticia, pregunté la causa, y me respondísteis que no creíais que una sonrisa á los diez y seis años pudiese ocultar la desesperacion. Cuando supe vuestro secreto, ya era tarde. Yo creí que mis atenciones para haceros feliz, que el título de madre, que la consideracion y la opulencia de que gozábais os uniria algun dia á mí; y esperaba. Pero cuando me dijísteis que no podiais ser feliz conmigo porque amabais á otro, dudé un momento..... Bien lo sabeis; desde aquel instante no me pertenecísteis. ¡Poseer á Helena, y saber que otro era dueño de su corazon! ¡Oh, no, jamás! Yo hice el sacrificio completo entregándoos al que amabais; y viendo que era obstáculo al cumplimiento de vuestros deseos, me alejé solo, desesperado y haciendo vo-

tos al cielo por una felicidad cuya idea cruel me atormenta y destroza todavía.

HELENA. ¡Qué oigo! No habéis así, y acordaos que me dejásteis marchar sin manifestar sentimiento.

CLIFFORD. ¡Sin sentimiento he perdido las horas deliciosas que pasaba á vuestro lado, y he renunciado á la compañera que habia escogido! ¡Sin sentimiento he dicho: ya no la veré mas; no oiré su dulce voz; no contemplaré su encantadora figura; y otro á quien ella ama gozará de esa felicidad por la que yo hubiera dado mi vida!

HELENA. (*Turbada.*) ¡Ah, yo seria muy culpable!

CLIFFORD. ¡Sin sentimiento..... cuando un dia, una hora de amor de Helena hubiera sido suficiente para mi felicidad!

HELENA. ¡Por piedad, por piedad!.... ¡Por esta culpable Helena, no digais eso!.... Vos habeis consentido.....

CLIFFORD. En sacrificar todo por ella.

HELENA. Vos estábais tranquilo, indiferente.

CLIFFORD. ¡Estaba desesperado!

HELENA. No la amabais.

CLIFFORD. ¡La adoraba!

HELENA. ¡Gran Dios, cuántas virtudes!

CLIFFORD. ¡Decid, cuánto amor!

HELENA. ¡Es posible!

CLIFFORD. Perdonad una debilidad involuntaria. Vuestras lágrimas me han quitado el valor de ocultar este secreto, tanto tiempo encerrado en mi corazon. Yo estaba preparado á ver á la señora de Murville brillante y enagenada con su felicidad; y entonces hubiera conservado mi valor. Pero delante de Helena, pálida, temblando, y sus ojos llenos de lágrimas, mi corazon se ha conmovido; ha hablado, y la verdad se ha escapado á mi pesar.

HELENA. ¡Oh! Perdonad, Sidney, perdonad á lady Clifford, que ella será castigada.

CLIFFORD. ¡Ay, es la señora de Murville la que está aqui, y no lady Clifford! ¡Mi despedida debe ser para siempre!.... Pero creo que seria menos desgraciado si pudieseis decir que Clifford se apresuraba á satisfacer los deseos de Helena. ¿Deseabais ver á vuestro hijo? Voy á concedéroslo sin que os reconozca.

HELENA. (*Turbada.*) Este deseo tan querido para mi corazon no le tendré. Seria otro beneficio, y ya es demasiado para Elena..... para la señora de Murville.

CLIFFORD. (*Enternecido.*) Venid..... venid á ver á vuestro hijo; un velo puede ocultaros. Oireis su voz, y en su cara vereis el retrato de su madre. Entonces quedareis tranquila de mi ternura con él.

HELENA. ¡Hace dos años que deseo tanto ver á mi hijo!... Lo acepto. Mis deberes con lord Clifford son tan grandes, que nunca podré pagárselos.

CLIFFORD. ¿No me odiais ya?

HELENA. ¡Odiar al mas noble y generoso de los hombres!

CLIFFORD. ¿Vuestro corazon no conserva resentimiento?

HELENA. No siente mas que remordimientos.

CLIFFORD. Venid al lado de la cama de mi hijo. Un momento creeré ver á lady Clifford; venid: el resto de mi vida debe ser desgraciado. (*La lleva á su cuarto, y al mismo tiempo entra Jenkinson por el foro.*)

ESCENA XV.

JENKINSON, *despues* PETERS.

¡Ah!..... ¡Es ella..... y él! ¡El lord Clifford y su esposa..... No; la señora de Murville..... ¡Juntos!..... ¡Oh, á mí que me gustan las cosas curiosas! Ya he encontrado una.

PETERS. ¿Aqui está usted, caballero? ¿Y se rie usted todavía... despues que ha embrollado toda la casa, y gracias á sus consejos, voy á perder á mi muger?

JENKINSON. Eso se gana usted.

PETERS. Todos los viajeros se van.

JENKINSON. Otros vendrán.

PETERS. ¿No soy bastante desgraciado?

JENKINSON. (*Riendo.*) Verdaderamente que en la cabeza de algunos hombres casados hay una señal de desesperacion.

PETERS. Yo no sé lo que pasa por mí; yo pierdo el juicio; yo me vuelvo asno.

JENKINSON. ¡No es posible ya!

PETERS. Sí señor; yo me olvido de todo. El señor de Murville está abajo; me ha hecho arreglar el carruaje, y me ha encargado decir á su señora que baje. Voy, voy..... (*Va al cuarto.*)

JENKINSON. No os tomeis ese trabajo, que no está en su cuarto.

PETERS. Pues yo no la he visto salir.

JENKINSON. (*Señalando al número 4.*) Está allí.

PETERS. ¡Ah! En el cuarto de su antiguo.....

JENKINSON. Sí.

PETERS. ¡Pues es singular!.... Ó acaso.....

JENKINSON. Ya he dicho que yo la he visto.

PETERS. ¡Pues es particular!....

JENKINSON. Pues en eso está la novedad. Ahora veremos cómo los franceses toman las cosas.

ESCENA XVI.

EDUARDO , PETERS , JENKINSON.

EDUARDO. Y bien, Peters, ¿no os habia dicho dijéseis á la señora que bajase? (*Peters no responde.*) ¿Por qué no me responde usted?

PETERS. (*A Jenkinson.*) ¿Qué le diré?

JENKINSON. (*A Peters.*) Lo que os parezca. Puede que sea filósofo.

EDUARDO. ¿Pero qué es esto? ¿La señora rehusa venir?

PETERS. Rehusar..... Es el caso que no la he visto.

EDUARDO. ¿No está en su cuarto?

PETERS. (*Suspirando.*) No señor.

EDUARDO. ¿Pues dónde está? ¿Qué significan estos misterios?

JENKINSON. (*A Eduardo.*) La moderacion es el tesoro de la sabiduría.

EDUARDO. Ya me empieza á incomodar todo esto : os lo advierto. Hablad, Peters; yo lo mando.

PETERS. Ciertamente, caballero, que yo me encuentro en una posicion bastante crítica..... y siento todo lo que le sucede á usted.

EDUARDO. ¿Qué quiere usted decir? ¡Eso es ya demasiado!

PETERS. Por lo demas, este caballero que lo ha visto..... Lo que es yo nada he visto, y sé lo que suele costar hablar mal.

EDUARDO. (*A Jenkinson incomodado.*) ¡Ya no tengo paciencia! Caballero, tened la bondad de decirme lo que habeis visto.

JENKINSON. En los diferentes pueblos por donde he viajado he visto.....

EDUARDO. ¡Ah! ¿Tratan ustedes de burlarse de mí?... ¿Dónde

está mi esposa? (*Peters y Jenkinson callan.*) ¿Dónde está?..
 ¡En nombre del cielo, hablad! (*Peters le señala el cuarto de
 Clinfford.*) ¡Aqui!.... ¿No es este el cuarto de..... del lord
 Clinfford?

PETERS. Sí señor.

EDUARDO. ¡No os atreveréis á decir que mi esposa está allí!..

PETERS. ¡Yol!.... No señor; es este caballero que la ha visto
 entrar.

EDUARDO. No es verdad; no puede ser.

JENKINSON. Teneis razon; no creedme, que es el partido mas
 prudente. (*Se abre la puerta.*)

EDUARDO. ¡Abren la puerta; estoy temblando!.... ¡Ah, es
 ella!....

PETERS. ¡Ya veis que yo no mential

JENKINSON. (*Bajo.*) Seguidme; porque la esplicacion va á ser
 un poco seria.

ESCENA XVII.

EDUARDO, HELENA, despues MARÍA.

EDUARDO. (*Con severidad.*) ¿De dónde vienes?

HELENA. (*Temblando.*) Vengo..... Habia ido.....

EDUARDO. ¡No puedes responder..... estás alterada! Me es su-
 ficiente. No quiero saber mas.

HELENA. ¡Pongo al cielo por testigo.....

EDUARDO. No jures; porque tus juramcntos son ya dudosos.

HELENA. ¡Gran Dios! ¡Qué oigo! ¿He de sufrir este despre-
 cio? ¿Los criminales tratan de este modo á sus cómplices?

¡El ingrato me ultraja! ¿Este es el premio de mi amor y de
 mis sacrificios, cuando todo lo he abandonado por él?

EDUARDO. Dejad vuestras quejas.

MARÍA. (*En el foro.*) ¡Una disputa entre ellos!.. Escuchemos.

EDUARDO. (*A Helena.*) ¿No te habia prohibido.....

HELENA. Perdonad..... Deseaba abrazar á mi hijo.

EDUARDO. ¡Tu hijo!.... Es del lord Clinfford.

HELENA. ¿Acaso no soy ya su madre?

EDUARDO. ¿Y no he dejado yo la mia por usted?

HELENA. ¡Eduardo!

EDUARDO. Juntos hemos buscado una felicidad que no hemos
 podido encontrar; y la esperanza se ha desvanecido, que-
 dando en su lugar el pesar, que es solo lo que nos queda.

HELENA. ¡Y es este por quien he abandonado un marido virtuoso, una familia querida!.... ¿Y sois vos, Eduardo, el que me ha quitado todo; el que se quiere encargar de mi castigo?

EDUARDO. No; mi resolucion está tomada.

HELENA. ¿Qué quereis decir?

EDUARDO. Ahora que la verdad se ha aclarado, es necesario mirarla como es en sí. Helena, escuchadme: yo os amaba con frenesí..... pero si hubierais conocido mejor mi carácter, me hubierais despreciado. A pesar del amor, yo he sufrido por estar separado de mi madre y de mis amigos; yo he temblado al verme privado de la estimacion general, primera necesidad de mi alma: contra vuestro gusto no he gozado de ninguna consideracion, y las humillaciones que se renuevan cada dia han ofendido mi orgullo. Ved si es posible ser felices.

MARÍA. (*En el foro.*) ¡Dios mio, qué leccion!

HELENA. ¿Y era de él de quien yo debía esperar esas palabras? ¡Ya es demasiado, Eduardo!.... Me faltan las fuerzas para responderos..... ¡Alejaos!.... ¡No quiero oiros mas; salid de aqui!

EDUARDO. Ya sabes todo; ¡pero el resto de mi vida será desgraciado!

ESCENA XVIII.

HELENA, *despues* MARÍA.

HELENA. ¡El resto de su vida será desgraciado!.... ¿No me ha dicho lo mismo Clinfford?.... ¡Pero aquel á quien tanto he ofendido me perdona; y quien me ultraja y desprecia es Eduardo, el que tanto he amado!

MARÍA. (*Acercándose.*) ¡Señora.....

HELENA. María, ¿estabais aqui?

MARÍA Sí señora; y la crueldad del señor Eduardo ha debido causaros mucha pena.

HELENA. La bondad de Clinfford me ha causado mas.

MARÍA. Tal vez sentirá usted.....

HELENA. ¡Sentir!.... Son bastantes los remordimientos que padezco. Entregada para siempre á Eduardo, tengo que sufrir sin quejarme.

ESCENA XIX.

PETERS, MARÍA. HELENA.

PETERS. Una carta para usted.

HELENA. ¡Qué ve! ¡Es de Eduardo!.... (*Lee.*) «Mi situación se ha hecho insoportable. Yo no te acuso: te compadezco y me maldigo. Te dejo mi fortuna: acaba de empezar la guerra, y voy á reunirme al ejército, donde espero que mis deseos se realicen. ¡Adios para siempre!» ¡Qué es lo que he leído! ¡Corramos... (*Se oye un carruaje.*) ¡Ah... es tarde!

PETERS. (*A la ventana derecha.*) ¡Ya va como el viento!

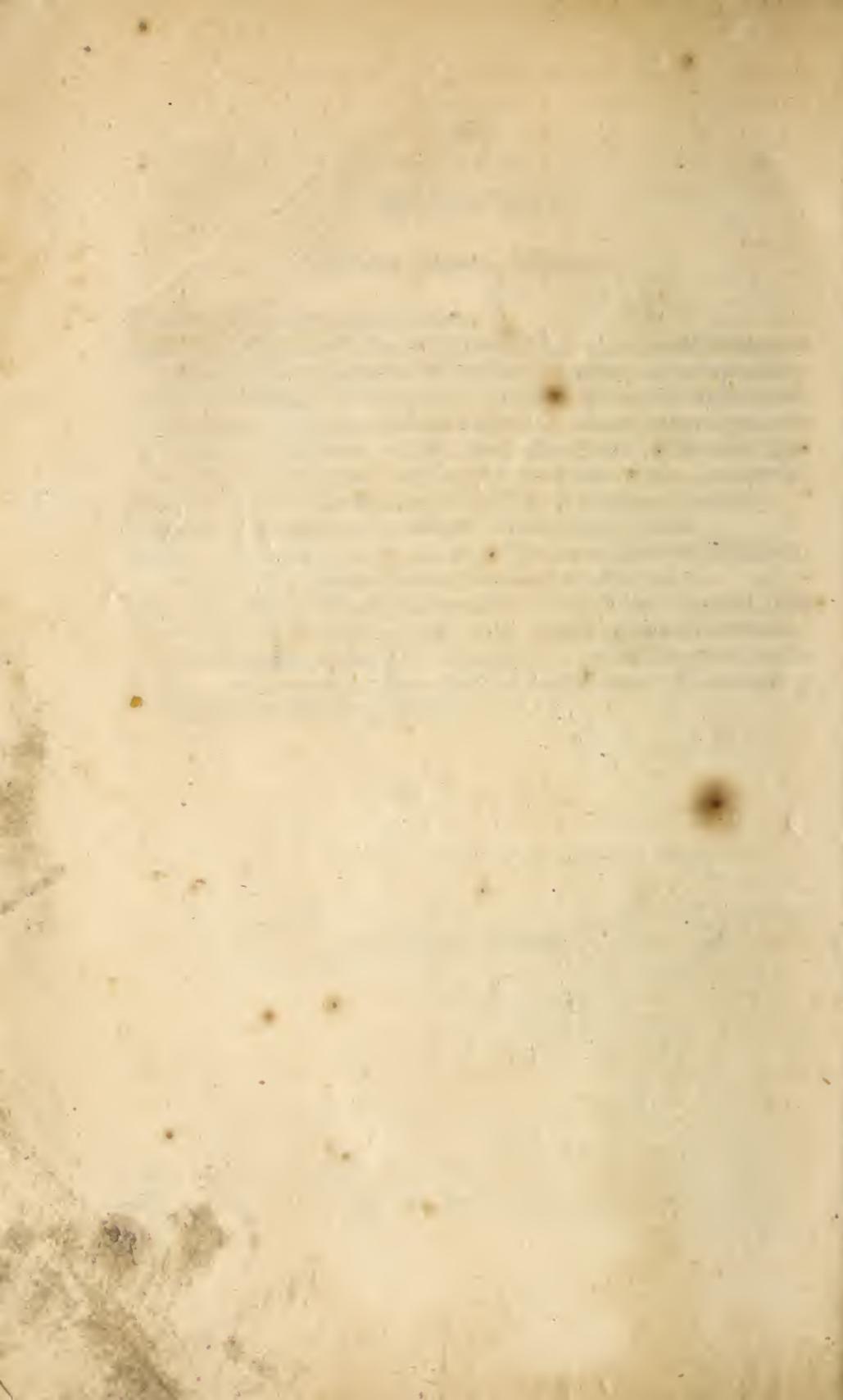
HELENA. (*Se oye otro carruaje.*) Puede que vuelva.

MARÍA. (*A la ventana izquierda.*) ¡Dios mio! Es lord Clinfford, su hijo y sus amigos que se van por el otro lado.

HELENA. ¡Gran Dios! ¡He perdido todo lo que amaba! ¡Día funesto, día de castigo para esta infeliz criminal! Abandonada de todos, sola para siempre..... en mi frente el sello de..... ¡Clemencia, Dios mio! Yo desfallezco. (*Va á caer, y la sostienen Peters y María.*)

FIN DE LA COMEDIA.





Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL, estrenadas últimamente en los Teatros de esta Corte, y con especialidad en el Teatro Español.

DRAMAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

El lirio entre zarzas.
 Isabel la Católica.
 Antonio de Leiva.
 La Reina Sara.
 Últimas horas de un Rey.
 Don Francisco de Quevedo.
 Juan Bravo el Comunero.
 Diego Corrientes ó el Bandido generoso.
 El Bufon del Rey.
 Un Voto y una venganza.
 Bernardo de Saldaña.
 El Cardenal y el ministro.
 Nobleza Republicana.
 Mauricio el Republicano.
 Doña Juana la Loca.
 El Hijo del Diablo.
 Sara.
 García de Paredes.
 Boabdil el chico.
 El fuego del cielo.
 Un Juramento.
 El Dos de Mayo.
 Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES ó MAS ACTOS.

La pension de Venturita,
 ¿Quién es ella?
 La Ceniza en la frente.
 Un matrimonio á la moda.
 La Voluntad del difunto.
 Caprichos de la fortuna.
 Embajador y Hechicero (de magia).
 A quien Dios no le dá hijos...
 A un tiempo amor y fortuna.
 El Oficialito.
 Ataque y Defensa.
 Ginesillo el aturdido.
 Achaques del siglo actual.
 Un Hidalgo aragonés.
 Un Verdadero hombre de bien.
 La Esclava de su galan.
 Pecado y expiacion.
 ¿Fortuna te dé Dios, Hijo!
 No se venga quien bien ama.
 La Estudiantina, ó el diablo de Salamanca.
 La Escala de la fortuna.
 Amor con amor se paga.
 Capas y sombreros.
 Ardides dobles de amor.

El Buen Santiago.
 ¡Ya es tarde!
 Un cuarto con dos alcobas.
 ¡Lo que es el mundo!
 Todo se queda en casa.
 Desde Toledo á Madrid.
 El Rey de los Primos.
 Quien bien te quiera te hará llorar.
 Marica-enreda.
 Flaquezas y Desengaños.
 La Amistad ó las Tres épocas.
 El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

La Ley Sálica.
 Un casamiento por hambre.
 Antes que todo el honor.
 ¡Un divorcio!
 La hija del misterio.
 Las cucas.
 Gerónimo el Albañil.
 María y Felipe.

EN UN ACTO.

Una actriz.
 Los tres ramilletes.
 Cenar á tambor batiente.
 Las jorobas.
 Los dos amigos y el dote.
 Los dos compadres.
 El Corazon de un bandido.
 Treinta dias despues, *segunda parte del Corazon de un bandido.*
 No mas secreto.
 Manolito Gazquez.
 Percances de un apellido.
 Clases Pasivas.
 Infantes improvisados.
 Por amor y por dinero.
 Estrupicios del amor.
 Mi media Naranja.
 ¡Un ente singular!
 Juan el Perdio.
 De casta le viene al galgo.
 ¡No hay felicidad completa!
 El Vizconde Bartolo.
 Otro perro del hortelano.
 No hay chanzas con el amor.
 ¡Un bofetón... y soy dichosa!
 El premio de la virtud
 Sombra, fantasma y muger.
 Cuerpo y sombra.
 Un Angel tutelar.
 El turrón de noche-buena.

La carta del sello negro.
 La Casa deshabitada.
 Un Contrabando.
 El Retrataista.

ZARZUELAS.

El Duende.
 Colegiales y Soldados.
 Misterios de bastidores.
 El Alma en pena.
 La noche-buena.
 Una tarde de toros.

MUSICA.

Partitura completa del Duende para piano y canto.
 Cancion de la Jardinera, de id.
 La cancion del Duende, id. id.
 Polka burlesca, id. id.

OBRAS.

En los mismos puntos se hallan de venta.

Avecilla. Diccionario de la Legislacion Mercantil de España.
Avecilla. Legislacion Militar de España.
Corzo. Aplicacion práctica del Código Penal.

PUNTOS DE VENTA.



TOMANDO LA COLECCION COMPLETA **50** POR **100** DE REBAJA.

En Madrid en las librerías de Rios, calle de Carretas;
Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo,
y Publicidad, calle del Correo.

EN PROVINCIAS.

Albacete. Herrero y Pedron. Alcalá. Moreno. Alcoy. Martí y Roig. Algeciras. Castaño y Monet. Alicante. Ibarra. Almería. Vergara y compañía. Andujar. Torre. Avila. Aguado. Badajoz. Viuda de Carrillo. Baeza. Alambra. Barcelona. Oliveres. Idem. Piferrer. Bilbao. Delmas é Hijos. Burgos. Villanueva. Cáceres. Valiente. Cádiz. Moraleda. Carmona. Moreno. Cartagena. Benedicto. Castellon. Moles. Ciudad-Real. Mexía. Córdoba. Manté. Coruña. Sischká. Cuenca. Mariana. Écija. Jimenez. Gerona. Oliva. Granada. Zamora. Guadalajara. Perez. Habana. Charlain. Huesca. Viuda de Galindo. Jaen. Sacrista y Compañía. Jerez de la Front. Bueno. Leon. Redondo. Lérida. Sol. Logroño. Ruiz. Loja. Cano. Lugo. Pujol.	Málaga. Moya. Mataró. Cabot. Murcia. Molina. Orense. Gomez Novoa. Oviedo. Fernandez. Palencia. Camazon. Palma. Guasp. Pamplona. Ochoa. Pontevedra. Vereá Varela. Priego. Caracuel. Puerto de Santa Ma- ria. Valderrama. Reus. Vidal. Ronda. Moreti. Salamanca. Oliva. San Fernando. Meneses. Santa Cruz de Tene- rife. Ramirez. Santander. Riesgo. Santiago. Sanchez y Rua. San Sebastian. Baroja. Segovia. Alejandro. Sevilla. Santigosa. Soria. Rioja. Talavera. Castro. Tarragona. Puigrubi y Canais. Toledo. Hernandez. Toro. Rodriguez Tejedor. Tuy. Martinez Gonzalez. Valencia. Mateu y Garin. Valladolid. Lezcano y Roldan. Vitoria. Ormilgue. Ubeda. Sabater. Zamora. Pimentel. Zaragoza. Polo.
--	--

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido
en la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entresuelo,
casa de Astrarena.